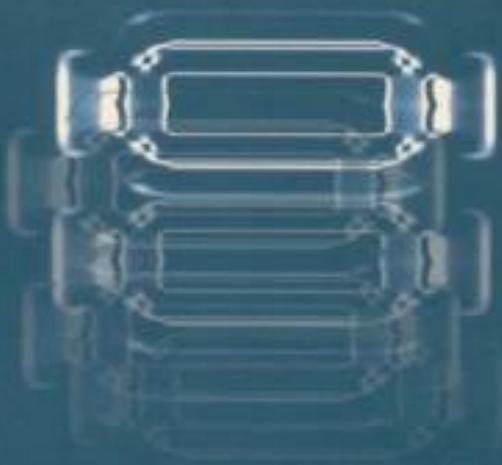


PREMIO UPC 1998

NOVELA CORTA DE CIENCIA FICCIÓN



Robert J. Sawyer

Rodolfo Martínez

Gabriel Trujillo

Pedro A. García Bilbao

Javier Sánchez-Reyes



UNIVERSITAT POLITÈCNICA DE CATALUNYA



En *Universo monolítico*, el canadiense Robert J. Sawyer (que obtuvo el premio NEBULA en 1995) imagina un experimento científico que, inesperadamente, hace perder la noción del tiempo a toda la humanidad y, tal vez, le permite contemplar el futuro siquiera por un instante. El estudio del fenómeno se acompaña, en una sugestiva reflexión moral, de una interesantísima discusión sobre la fatalidad del destino y sobre el libre albedrío.

El asturiano Rodolfo Martínez, uno de los valores más seguros y sólidos en la ciencia ficción española, compone en *Este relámpago, esta locura* una visión crítica sobre el papel de un curioso superhéroe en el seno de una civilización galáctica dominada por una poderosa institución religiosa.

En *GRACOS*, el mexicano Gabriel Trujillo recurre a la ingeniería genética para imaginar GRACO (Genetic Research for Animal Conscience and Operativity), un complejo proyecto orientado a crear un nuevo soldado del futuro. Un lema tradicional en la ciencia ficción, tratado aquí de forma nueva y original.

Finalmente, Pedro A. García Bilbao y Javier Sánchez-Reyes abordan en *Fuego sobre San Juan* una interesante especulación en torno a la pérdida de las colonias españolas en 1898. Una historia alternativa, con líneas de tiempo paralelas y diversas encrucijadas temporales, en la que se presentan momentos críticos en la guerra de Cuba de 1898, así como en la pérdida de las Filipinas por parte de España. Se trata de una obra muy bien documentada que incluye, además, una especulación política sobre el futuro de Europa.

Cuatro historias muy distintas en contenido y procedencia, que ofrecen un amplio panorama de la mejor ciencia ficción mundial a la vez que demuestran, una vez más, el alto nivel

de convocatoria internacional y la calidad a que ha llegado el premio europeo con mayor prestigio en la ciencia ficción.

PRESENTACIÓN

En 1998 se demostró una vez más el amplio poder de convocatoria internacional del Premio UPC de Ciencia Ficción, que de nuevo batió anteriores éxitos de participación: 134 narraciones de un elevado nivel medio de calidad optaron al premio. Una vez más el jurado se decidió por la tal vez incómoda opción del ex-aequo, en esta oportunidad en la mención. El presente volumen, que incluye, como los dos últimos años pero por distintas razones, cuatro novelas cortas en lugar de tres, acude de nuevo a su cita anual con el convencimiento de que estas cuatro historias son el mejor exponente del alto nivel de calidad que adorna al Premio UPC, convertido ya en un clásico de la ciencia ficción mundial.

El Premio internacional UPC de Ciencia Ficción de 1998

Yendo a los datos, en 1998 se recibieron 134 narraciones a concurso, un nuevo récord de participación. Destaca el repetido éxito internacional de la convocatoria, ya que 46 novelas (un 33%, lo que supone una de cada tres) llegaron del extranjero: Estados Unidos (17), Canadá (4), Francia (4), México (4), Cuba (2), Israel (2), Bulgaria (2), Nueva Zelanda (1), Japón (1), Alemania (1), Gran Bretaña (1), Bélgica (1), Colombia (1), Argentina (1), Costa Rica (1), Chile (1), Suiza (1) y Rumanía (1).

La mayoría de los concursantes escribieron sus narraciones en castellano (93 novelas, es decir el 69%), aunque el segundo lenguaje fue el inglés con 26 novelas (el 19%, prácticamente una de cada cinco novelas recibidas). Una vez más el catalán (9) y el francés (6), aunque en mayor número que en años anteriores, fueron las lenguas menos utilizadas entre las narraciones presentadas a concurso.

La decisión del jurado y la entrega de los premios se hizo pública el 2 de diciembre de 1998 en un solemne acto académico presidido por el vicerrector de la UPC, doctor Pere Botella, y copresidido por la señora Mercè Sala, vicepresidenta del Consell Social de la UPC, que es la entidad que patrocina y organiza el concurso. El conferenciante invitado fue el escritor británico Stephen Baxter.

El jurado estuvo formado por Lluís Anglada, Miquel Barceló, Josep Casanovas, Jordi José y Manuel Moreno. El contenido del acta con el fallo del jurado (traducida del original en catalán) dice así:

El jurado del PREMIO UPC DE CIENCIA FICCIÓN 1998, reunido en la sede del Consell Social el día 11 de noviembre de 1998 para deliberar sobre la entrega de los premios, ha decidido otorgar:

— el primer premio de 1.000.000 ptas. a la obra:

BLOCK UNIVERSE

de Robert J. Sawyer (Ontario, Canadá)

— una mención de 250.000 ptas. ex-aequo a compartir por las obras:

ESTE RELÁMPAGO, ESTA LOCURA

de Rodolfo Martínez (Gijón, Asturias)

GRACOS

de Gabriel Trujillo (Baja California, México)

y desea hacer constar el extraordinario éxito de participación de esta octava convocatoria internacional (134 originales recibidos), y hacer mención de las siguientes obras por orden de apreciación:

Snow is White

de Hugh Cook (Nueva Zelanda)

Mort Eterna

de Pep Bau (Gurb, Barcelona)

El orgullo de Dios

de Pedro Jorge Romero (La Laguna, Tenerife)

— El jurado ha decidido otorgar la mención UPC (dotada con 250.000 ptas.) a la obra:

Fuego sobre San Juan, de Javier Sánchez-Reyes Fernández y Pedro A. García Bilbao (Barcelona)

y hacer mención de las siguientes obras por orden de apreciación:

Hijos de la ambición, de Fermín Sánchez Carracedo (Barcelona)

Después de la presencia en años anteriores de Marvin Minsky, Brian W. Aldiss, John Gribbin, Alan Dean Foster, Joe Haldeman, Gregory Benford y Connie Willis, en 1998 la persona encargada de dar la conferencia invitada en la ceremonia de entrega de premios fue el escritor británico Stephen Baxter.

No es éste el lugar para recordar la personalidad de Baxter. Creador de una compleja obra de ciencia ficción dominada por la modernidad y la verosimilitud científica, Stephen Baxter es también el autor de libros tan entrañables e interesantes como los homenajes a Herbert G. Wells y Jules Verne que componen su obra publicada hasta hoy en Espa-

ña, respectivamente, LAS NAVES DEL TIEMPO (NOVA éxito, número 11) y ANTIHIELO (NOVA, número 119). Los lectores interesados pueden acudir a la información que se incluye en estas novelas que justifican holgadamente todos los elogios recibidos por parte de crítica y público.

Tras esta presentación se incluye el texto íntegro de la interesante conferencia de Baxter, titulada: «¡Pasajeros a bordo para el escatón!: la ciencia ficción y el fin del universo».

La edición 1998 del Premio UPC

En el presente volumen se incluyen las narraciones premiadas en la edición de 1998 del Premio UPC de Ciencia Ficción. Esta vez todas las historias ganadoras han sido incluidas, y la ilustración de la portada se ha dedicado precisamente a FUEGO SOBRE SAN JUAN, la ganadora de la mención UPC, es decir, la más destacada entre las narraciones enviadas por miembros de la comunidad universitaria de la UPC.

En este caso ha sido el profesor de ingeniería mecánica Javier Sánchez-Reyes quien, junto al sociólogo de origen gallego Pedro A. García Bilbao, ha escrito en FUEGO SOBRE SAN JUAN una interesante especulación en torno a la pérdida de las colonias españolas en 1898. Con un tratamiento muy típico en la ciencia ficción, FUEGO SOBRE SAN JUAN es una historia alternativa, con líneas de tiempo paralelas y con diversas encrucijadas temporales, en la que se presentan momentos críticos en la guerra de Cuba de 1898 así como en la pérdida española de las Filipinas. Se trata de una obra muy bien documentada que incluye, además, una especulación política sobre el futuro de Europa que resulta francamente interesante.

En la novela ganadora, que hemos traducido por UNIVERSO MONOLÍTICO, Robert J. Sawyer, reciente presidente de la SFWA (Sociedad Norteamericana de Escritores de Ciencia Ficción), imagina un experimento científico que, inesperadamente, hace perder la noción del tiempo a toda la humanidad y, tal vez, consigue que todos puedan contemplar el futuro aunque sea sólo por un instante. La investigación del sorprendente fenómeno científico y sus posibles efectos se acompaña de una interesantísima discusión sobre la fatalidad del destino, el libre albedrío y todo lo que ello supone. Como siempre en Sawyer, a la especulación basada en la ciencia se suma el interés de una sugestiva reflexión moral.

El asturiano Rodolfo Martínez es uno de los valores más seguros y sólidos de la ciencia ficción española. Con la facilidad y amenidad que le caracteriza, nos ofrece en ESTE RELÁMPAGO, ESTA LOCURA una visión crítica sobre el posible papel de un superhéroe con todo tipo de poderes en el seno de una civilización galáctica dominada por una poderosa institución religiosa.

Finalmente, el mejicano Gabriel Trujillo recurre a la ingeniería genética para crear su GRACO (Genetic Research for Animal Conscience and Operativity), un complejo proyecto orientado a crear un nuevo soldado del futuro. Como era de esperar, los gracos se independizan para formar una nueva especie al margen del Homo sapiens. Un tema tradicional en la ciencia ficción, tratado aquí de forma nueva y original.

En resumen, este volumen ofrece un conjunto temático y estilístico que compone un brillante panorama de las múltiples posibilidades de la ciencia ficción en las postrimerías del siglo XX.

Y nada más, sólo constatar que las previsiones que hiciera Brian Aldiss en la edición de 1992 se siguen cumpliendo, y el Premio UPC de Ciencia Ficción se consolida, cada

año que pasa, como el mejor y más importante premio de ciencia ficción no sólo de España, sino de Europa y todo el mundo.

Para la edición de 1999, el límite de recepción de novelas concursantes se mantiene hasta el 15 de septiembre de 1999. De las mejores de esas narraciones trataremos en el futuro volumen de NOVA sobre el PREMIO UPC 1999, al que les remito.

De nuevo me atrevo a invitarles ya a la solemne ceremonia de entrega del Premio UPC de Ciencia Ficción 1999, que en esta ocasión se celebrará el primero de diciembre de 1999 en el Campus Norte de Barcelona de la UPC (la secretaria del Consell Social de la UPC, teléfono 93-401.6343, puede actualizar y completar esta información).

En 1999, el solemne acto de entrega del Premio UPC 1999 contará con la presencia como conferenciante invitado de Robert J. Sawyer, en cierta forma uno de los «ganadores habituales» en las tres últimas ediciones del Premio UPC de Ciencia Ficción. En 1996 Sawyer obtuvo el segundo premio con HÉLICE (en PREMIO UPC 1996, NOVA ciencia ficción, número 96), en 1997 compartió el primer premio con PSICOESPACIO (en PREMIO UPC 1997, NOVA, número 112) y, por fin, en 1998 ha obtenido en solitario el primer premio con UNIVERSO MONOLÍTICO, que se incluye en este mismo volumen. También ha sido publicada en España El EXPERIMENTO TERMINAL (NOVA, número 102), una obra de 1995 que recibió el Premio NEBULA (el «Oscar» de la ciencia ficción), el Premio AURORA (Canadá) y el Premio HOMER (por votación en la red Compuserve).

La del primero de diciembre de 1999 será una nueva fiesta de la ciencia ficción no sólo española sino, como ya se ha visto, también mundial. Hasta entonces.

MIQUEL BARCELÓ

CONFERENCIA

¡PASAJEROS A BORDO PARA EL
ESCATÓN!: LA CIENCIA FICCIÓN
Y EL FIN DEL UNIVERSO*Stephen Baxter*

(Traducción: Pedro Jorge Romero)

En una reciente presentación de un libro, Stephen King recibió a su audiencia con estas palabras: «*Nos lo estamos pasando bastante bien, para ser un grupo de gente que va a morir*».

Sospecho que el conocimiento de mi propia mortalidad —me refiero a un conocimiento verdaderamente profundo, cobijado en algún rincón reptiliano del cerebro— me ha llegado recientemente. De hecho, probablemente alrededor de mi cuarenta aniversario. En medio de todo el habitual humor negro de mis seres queridos, fui tan tonto como para hacerme un chequeo médico completo. Me alegra decir que todo estaba bien. Pero me encontré que me daban consejos sobre enfermedades de gente mayor, y sobre cómo emplear el ejercicio y la dieta para retrasar todo lo posible el inevitable declive de mi cuerpo. De pronto me sentí

como si estuviese atrapado en una terrible maquinaria de relojería, que inexorablemente se iba agotando. Y no podía darle cuerda.

Creo que fue el examen de próstata lo que me convenció definitivamente.

Claro que podemos confortarnos con la idea de que lo que dejamos atrás seguirá existiendo: hijos, monumentos de piedra, imperios financieros... en mi caso, mis libros, espero que circulando incesantemente en alguna biblioteca futura del ciberespacio, lejos del alcance de los gusanos y las librerías de saldos.

Pero, de la misma forma que todos descubrimos que tenemos que morir, quizá haya un momento importante en la madurez de una especie, cuando comprende que también la especie se enfrenta a la extinción definitiva.

Ésta es una crisis en la que hemos estado inmersos, nosotros en la cristiandad, y más allá, durante siglos. El Nuevo Testamento nos enseña que el futuro es finito: que el mundo, inevitablemente, acabará.

Durante un tiempo, pudimos consolarnos con la creencia de que seguiríamos viviendo en Dios, incluso más allá del fin del mundo, por toda la eternidad.

Pero hoy nos enfrentamos a una paradoja filosófica. Con el auge de la ciencia, la fe religiosa tradicional se ha desmoronado para muchos de nosotros. Ya no creemos en la otra vida (si alguna vez lo hicimos). Pero al mismo tiempo, aunque ya no anticipamos el Apocalipsis cristiano, hemos acabado creyendo, paradójicamente, que el mundo —realmente, el universo mismo— está condenado a expirar, en el fuego o en la oscuridad, llevándose a nosotros, a nuestros descendientes y todas nuestras obras con él.

Pero sin Dios, sin otra vida, ¿qué consuelo nos queda?

Los lectores y escritores de ciencia ficción, junto con los científicos, han estado explorando esas cuestiones durante décadas. Ese esfuerzo común ha recibido un gran empujón recientemente en *La física de la inmortalidad* del físico

Frank Tipler^[1], que por primera vez parecía ofrecer una forma de sobrevivir al Big Crunch que podría estar esperándonos.

Como muchos otros subgéneros de la ciencia ficción, esas obras estaban llenas de clichés, unas mal escritas y otras bien, y quizá no haya que tomárselas demasiado en serio. Pero me gustaría decir que son parte de nuestro intento por aceptar, como especie, el impacto de la verdad adulta, de la misma forma que debemos aceptar nuestras muertes individuales: porque la verdad es que nosotros, como especie, no somos inmortales.

La ciencia de la escatología nació en el siglo XIX, gracias a la entropía, una noción que Rudolf Clausius nos infligió en 1850. La temible segunda ley de la termodinámica dice que la entropía global ha de aumentar hasta el máximo, es decir, las fuentes de energía (como las estrellas) han de agotarse gradualmente, y toda la energía libre disponible necesariamente debe reducirse.

El futuro lejano del universo y la humanidad, cada vez más falto de energía por esa «Muerte Térmica», parecía ciertamente desolador. Las implicaciones para la humanidad quedaron definidas en obras como *La máquina del tiempo* de H. G. Wells^[2], y la idea tuvo un impacto potente en filósofos como Bertrand Russell: «*El trabajo de todas las épocas, toda la devoción, toda la inspiración, y todo el brillo esplendoroso del genio humano están destinados a perecer en la vasta muerte del Sistema Solar, y... todo el templo de los logros del hombre quedará inevitablemente sepultado bajo los escombros de las ruinas del universo...*»^[3].

La respuesta más importante a la Muerte Térmica por parte de un escritor de ciencia ficción fue, por supuesto, la de Olaf Stapledon, pero quiero hablar del maestro más tarde.

No todo el mundo se lo toma tan en serio. Douglas Adams [4] en su serie del Autoestopista galáctico fue al fin

del universo para abrir un restaurante: «*Damas y caballeros pueden tomar una bebida antes de la cena... el universo estallará más tarde para su diversión*» (p. 77).

Quizá el humor sea la mejor respuesta al abrumador carácter de todo el asunto. Adams tiene una parábola sobre un hombre que construye un Vortex de Perspectiva Total, al que conecta a su mujer, por lo que «*ella vio en un instante la totalidad infinita de la creación y a ella misma en relación con la totalidad... El impacto aniquiló por completo su cerebro... Si la vida debe existir en un universo de este tamaño, algo que no puede permitirse es tener sentido de la proporción*^[4]» (p. 64).

Pero muchos de nosotros luchamos por llegar a aceptar esta nueva perspectiva para nada deseada. Anhelamos encontrar una forma de escapar de la trampa en que parece haberse convertido el universo.

Ese anhelo quedó bien expresado en la historia de 1956 de Isaac Asimov «*La última pregunta*^[5]». «*La última pregunta se planteó por primera vez, medio en broma, el 21 de mayo del 2061, en una época en que la humanidad se había aventurado por primera vez a la luz...*». Cuando los humanos aprenden a usar directamente la energía del sol, dos técnicos borrachos, discutiendo sobre la muerte del sol, preguntan al ordenador mundial Multivac la pregunta final: «*¿Cómo puede reducirse masivamente la cantidad neta de entropía?*». Después de muchas luces parpadeantes y saltos de relés (aquellos era en 1956), llega la respuesta: «*DATOS INSUFICIENTES PARA DAR UNA RESPUESTA*». La pregunta se le plantea a los descendientes de Multivac, una y otra vez, a lo largo de la historia: mil años después por viajeros interestelares, después de veinte milenios en una galaxia llena de inmortales, después de miles de millones de años por viajeros mentales stapledonianos, y al fin, después de diez billones de años, por parte de la última mente independiente antes de la fusión final con Multivac, o AC, en

lo que se ha convertido. AC se lo piensa, y descubre qué hacer. «Y AC dijo: “¡Hágase la luz!”. Y la luz se hizo».

Es la mejor cita de la Biblia, por supuesto, y el final optimista la ha convertido en la historia más popular de Asimov (más aún, en su favorita personal). (Y, de paso, Asimov con engañosa maestría encuentra una forma de resolver el problema de la ficción escatológica: cómo contar la historia, no de un puñado de personas como es normal en nuestra ficción, sino de todo el universo; algo a lo que volveré más tarde). Pero Asimov lamentablemente no es demasiado específico sobre cómo exactamente realiza AC ese milagro.

¿Hay forma de escapar? Si el universo debe terminar... bien, ¿exactamente cómo va a ser?

La moderna ciencia escatológica comenzó con el físico de Princeton Freeman Dyson, quien dio una importante serie de conferencias sobre el futuro lejano^[6]. En ella, Dyson dibujó —con estimaciones numéricas y todo— el futuro lejano de un universo abierto (es decir, un universo que sigue expandiéndose) y el tipo de procesos físicos que podrían predominar en él.

La filosofía de Dyson era esencialmente optimista; buscaba demostrar que en un futuro lejano previsible el universo seguiría evolucionando. Mucho después de la muerte de las estrellas, por ejemplo, el cielo nocturno estaría iluminado por sucesos gigantescos como la explosión de agujeros negros. Aun así, la mano muerta de la Segunda Ley seguirá dominando, a medida que se reducen las fuentes de energía disponibles. Pero Dyson mostró que, al menos en principio, debería ser posible para la inteligencia extraer una cantidad infinita de experiencia —considerada como cambios en estado, «pensamientos»— de una cantidad finita de energía, quizá pasando grandes períodos en hibernación.

El que esa idea, la batalla cada vez más heroica de nuestros descendientes inhumanos para mantener la vida y

la conciencia frente a un universo con cada vez menos recursos, sea deprimente o inspiradora depende del punto de vista personal.

Los seguidores de Dyson buscaron refinar su escenario básico explorando la física en mayor profundidad. En particular, deseaban verificar la hipótesis más arriesgada de Dyson: que, después de todo, podría ser posible sobrevivir a la Muerte Térmica; encontrar algún agujero en la Segunda Ley. La supervivencia, al menos en un universo abierto, parecía depender del resultado de una carrera entre la acumulación de fuentes de energía por parte de la inteligencia y su disipación por la entropía y la expansión del universo; una carrera que podríamos estar condenados a perder^[7].

Desarrollos posteriores en física parecen arrojar una luz aún más negativa. Podría ser que los protones, un componente esencial de la materia, fuesen, a la larga, inestables, en cuyo caso *toda* la materia está condenada a desintegrarse en una tenue sopa de electrones y sus antipartículas, a una escala temporal (relativamente) corta comparada con la de Dyson.

Aun así, las nociones de Dyson tuvieron su respuesta en la ciencia ficción.

La novela de 1990 de Fred Pohl *El mundo al final del tiempo*^[8] es la historia de una colonia interestelar arrastrada arbitrariamente, junto con un puñado de estrellas vecinas, en un viaje a gran velocidad a lo largo del universo por una criatura petulante y paranoide que habita entre las estrellas y se llama Wan-To. El protagonista humano, Viktor, salta en el tiempo gracias a una combinación de congelación criogénica y dilatación temporal relativista: el tiempo subjetivo de Viktor se extiende por milenios, mientras que el universo por el que viaja su mundo envejece cientos de miles de millones de años.

Seguimos los destinos de Wan-To y Viktor mientras se adentran cada vez más en el futuro. Al fin, los descendientes de los colonos se apiñan alrededor de las pocas estre-